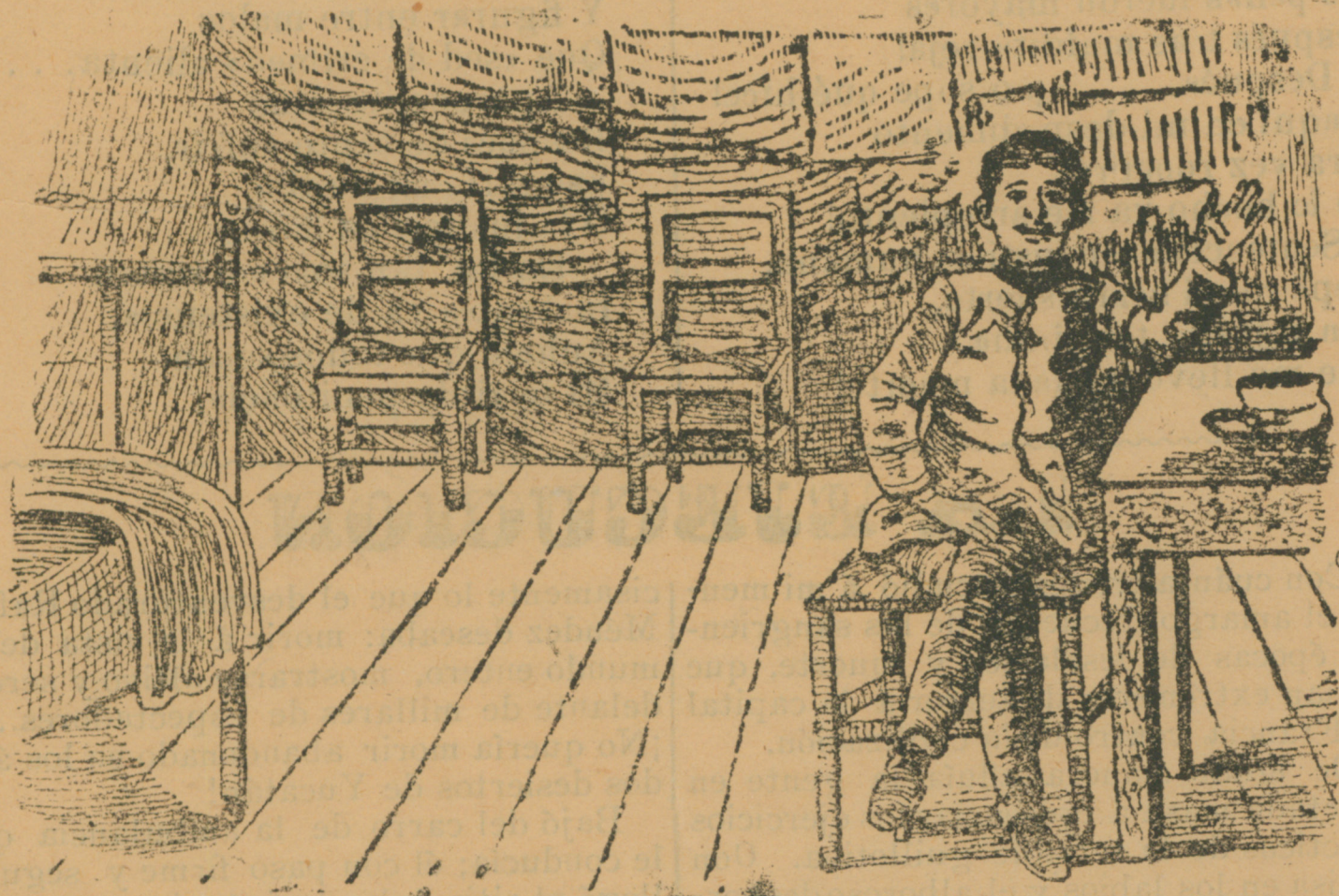


¡Tristísima despedida COMO EL ALMA DEL SOLDADO, QUE DIJO AL SER FUSILADO RAFAEL MENDEZ, TAN SENTIDA!



¡Compañeros! Un momento....
Quiero mi voz elevar.
¡Un triste despedimento
De recuerdo he de dejar!

Quiero despedir al mundo
Que de su seno me arroja.
Porque un fallo tremebundo
De la vida me despoja. . . .

Adiós prisión de Santiago,
Para mí siempre tan fiera;
Terminó el suplicio amargo
De tu negra «cartuchera.»

Una vida tan amarga,
Llena de tanto dolor,
Es una pesada carga
Que dejar es lo mejor.

Sufrió paciente el maltrato
Tanto cual sufro hoy quizás,
Del superior de mi cabo
Que se apellidaba ¡Paz!

¡Paz! ¡Nunca! No me trataba
Como á hermano y yo sufrí
Tanto, que ya me pensaba
Venir á acabar así.

Tanta injuria, tanto daño
Mi indignación encendieron,
Sólo para mí fué malo,
Tod-s, sus amigos fueron.

Sólo yo le soportaba
El peso de su furor
Y tan solo yo llevaba
Por sombra su mal rencor.

No me quería. . . . me execraba!
De verme, ganas le daban
De apalearme y me las daba
Que muriendo me dejaban.

Y consta que soporté
Con calma mi negra suerte,
¡Hasta que al fin me vengué
Recurriendo hasta á la muerte!

Nadie oponía resistencia
Al tormento que sufría,
Nadie notó su violencia
Nadie me compadecía. . . .

Esperé ocasión propicia. . . .
¡Mi acechanza no fué en vano!
¡No hubo para mí justicia. . . .
¡Me lo tomé por mi mano!

Recurrí á los superiores
Y desoyeron mi queja. . . .
Mis penas fueron mayores
Después tras maldita reja!

Después. . . . ¡no supe qué hice!
Y aquí en mi desp dimento
Otra vez repetiré:

De lo hecho ya me arrepiento!

Sentenciado en justicia humana,
Deploro mi negra suerte,
Tan injusta, tan tirana,
Que me llevó hacia la muerte!

¡Nacerla ya destinado
A sufrir su despotismo?
¡Enfermo ó fusilado
De cualquier modo es lo mismo!

Ahora. . . . ¡sufrir y morir!
Del cadalso en el camino
Acabo por convenir
Que tal sería mi destino.

Sufrir dolores muy caros
Aguantar después la afrenta,
Y figurar entre malos
Que «sed de crimen» alienta. . . .

Aparecer asesino
Después de tanto sufrir,
Ese sería mi destino
O la justicia es morir. . . .

En fin, tan sólo me restan
Instantes ya de existencia,
Anhelo que todos sepan
Mi terrible penitencia.

LA EJECUCION

Con cuánta tristeza acudió á mi mente, el amargo recuerdo de las sangrientas épocas de desolación y muerte, que hacían estremecer de terror á la capital de Francia centro de la civilización.

De igual manera afluía la gente en apretada masa á presenciar los ejercicios prácticos de la terrible guillotina. Con la risa en los labios y el alboroso desbordante en los pechos, se reunían como para una feria, una verdadera fiesta, no era otra cosa, en la que figuraba como el número de más sensación en el programa, la ejecución del día.

Profusidad de vendimias y puestecillos de mil y mil golocinas, para deleitar el paladar, mientras se recreaba la vista con el fúnebre espectáculo á que estaba ya acostumbrado el pueblo parisience.

Así hoy, lo mismo que cuando el infortunado Clodomiro Cota, se establecieron en toda la extensión de la fúnebre calzada de Guadalupe, que las víctimas de Francisco Guerrero maldijeron en los estertores de su horrorosa agonía. . . Una romería, no puede llamársele de otro modo: hojas, tamales, enchiladas, etc., etc. . .

¡Oh, hermanos míos! ¡Oh, mis queridos compatriotas! ¡Qué á las claras dáis á conocer vuestro sentimentalismo!

Después de todo. . . os disculpo! ¿por qué? Porque sé muy bien que eso era pre-

cisamente lo que el desventurado Rafael Méndez deseaba: morir á la vista de un mundo entero, mostrarse altivo y sereno delante de millares de espectadores. . . . ¡No quería morir abandonado en los áridos desiertos de Yucatán!

Bajó del carro de la ambulancia que le conducía; él con paso firme y seguro, llegó al sitio á donde fué ejecutado, que es en los terrenos de la Vaquita, donde formaba el cuadro las tropas y rodeaba una gran multitud de gente; su mirada tranquila y sus labios se contraían en una mueca que bien podía traducirse en una mezcla de dolor y desprecio.

A la voz de mando del Teniente Aureliano de la Mora, el pelotón hizo fuego sobre el infortunado Rafael Méndez, que cayó al pié del paredón hacia el costado izquierdo y en semiflexión las piernas, dándosele después el tiro de gracia, causando el proyectil al salir un destrozo horrible en la cara del ajusticiado. Diez minutos después desfilaron las tropas, con «vista á la derecha.» para retirarse á sus respectivos cuarteles.

Rafael Méndez pagó con su vida el día 25 de Julio de 1908 á las 5.45 minutos de la mañana, el crimen que perpetró en la persona del cabo Paz, allá en Quintana Roo, al lado de un campamento, quedando así cumplida la disciplina militar.